R.F.A.

Espías por amor: una versión machista

JOAQUIN RABAGO

POBRES secretarias, las de Bonn. Ya no pueden siquiera, cuando acaba su jornada en el Ministerio, entrar tranquilamente en el local de la esquina a tomarse un café y a charlar, si se tercia, con el compañero ocasional de mesa: una de las pocas distracciones que aún les quedaban en una capital tan provinciana como ésa. Y todo, por culpa de la epidemia de defecciones que ha estallado últimamente entre sus colegas.

Primero fue la Lorenzen, una alta secretaria empleada en el cuartel general de la OTAN en Bruselas y que tenía acceso a ciertos documentos clasificados como muy secretos. Su fuga al Berlín Este contrarrestó en buena medida los efectos propagandísticos de la huida, en sentido contrario, de un importante oficial de los servicios de espionaje de la RDA, llamado Werner Stiller. El 8 de marzo, tres días después de su desaparición de Bruselas, Ursel Lorenzen explicaría su decisión ante las cámaras de la televisión de la Alemania Oriental: sus "convicciones humanistas" la impedían trabajar por más tiempo en una organización que no dudaría en atacar con armas atómicas, si era preciso, a los países socialistas. No todos los miembros de la OTAN compartían tan agresivos propósitos, pero los halcones ganaban en su seno cada vez más fuerza. Las razones de la Lorenzen no convencieron, sin embargo, a muchos, que consideran su huida motivada más bien por la detención, dos días antes y en la misma sede de la OTAN en Bruselas, de otra secretaria alemana, Ingrid Garbe.

Los restantes casos de espionaje femenino se descubrirán directamente en Bonn. Y sus principales víctimas no serán esta vez los socialdemócratas —recordemos el famoso caso Guillaume, que motivó, en su momento, la salida del Gobierno de Willy Brandt—, sino los hombres de la oposición. En sólo unos días dejarán plantados a sus respectivos jefes tres secretarias: Inge Goliath, treinta y tres años, que lo era del portavoz de la CDU para política exterior; Warner Marx, huida con su marido, un ciudadano del Este que había adoptado en la RFA una personalidad falsa; Christel Broszey, treinta y dos años, secretaria de Kurt Biedenkopf, vicepresidente de la CDU, y, por último, Helga Roediger, que trabajaba a las órdenes de un socialdemócrata, Manfred Lahnstein, que ocupa un alto puesto en el Ministerio de Hacienda. Otras secretarias no tendrán tanta suerte y serán detenidas. Por ejemplo, Ursula Höfs, de treinta y cuatro años, empleada en el departamento de organización de la CDU y que estaba también casada con un ciudadano de la RDA.

¿Qué es lo que movió a esas y a otras mujeres —el año pasado se descubrieron otros cinco casos de espionaje femenino— a trabajar para el Este? La respuesta oficial la sintetiza la leyenda de un cartel que están colocando estos días en los Ministerios de Bonn: "Hay una palabra clave capaz de abrir cualquier caja fuerte. Esa palabra es 'amor'".

Una bonita versión: espías por amor. Los hombres —claro está— pueden traicionar a su país por convicción política o pura y simplemente por dinero. La mujer, no. La mujer es siempre víctima: si traiciona y después huye, lo hace engañada. Así se explica, por ejemplo, que el retrato robot de ese tipo de espías sea el de una mujer sola. Una mujer de treinta y tantos años: una edad difícil por las presiones sociales a que aquélla se ve sometida. Puede ocurrir que tenga algún hijo. Y es normal que busque compañía, que encontrará a veces en los cafés del centro de Bonn. Y aquí es donde entran en escena los agentes del otro lado: expertos cazadores de corazones solitarios que suelen frecuentar esos locales en busca de posibles presas. Aunque su campo de acción es mucho más amplio. Los hay que siguen cursos en las escuelas de idiomas de París o Londres, donde se forman también las secretarias. O que acuden a las playas del Mediterráneo o el mar Negro, donde muchas de esas mujeres pasan sus vacaciones.

Ursel Lorenzen, la espía de la OTAN, hablando para la TV de la RDA.

El Don Juan de turno suele ser, según los expertos del contraespionaje, un tipo maduro de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Viril y capaz de ganarse la confianza de la mujer, a la que está dispuesto a ofrecer el matrimonio como prenda. Promesa que luego, sin embargo, utilizará como chantaje. Se ha calculado incluso lo que puede costarle a la RDA la formación de cada uno de esos agentes, que tienen que viajar al extranjero a aprender idiomas y a adquirir la necesaria patina de ciudadanos de Occidente. Los expertos hablan de más de 100.000 marcos por cada Romeo. Un servicio caro. Sobre todo si se tiene en cuenta el elevado número de agentes de todo tipo que hay en la RFA.

No es, pues, de extrañar que el Gobierno de Bonn esté obsesionado con el tema de las secretarias espías. En un folleto que acaba de editar, se advierte a las víctimas potenciales contra esas relaciones "que comienzan inocentemente" en el "pub" de la esquina. Una versión ciertamente machista. Las mujeres son incapaces hasta de traicionar por su cuenta. Si se convierten en espías, es contra su voluntad. Ni siquiera el caso de la Lorenzen, la espía de la OTAN que demostró ante las cámaras de la televisión oriental la profundidad de sus convicciones, está del todo claro para las autoridades de la RFA. También aquí se insiste en que hay un hombre por medio. Alguien que trabajaba en el Hilton de Bruselas y que debió de sorberle el seso. A las mujeres sólo las dejan ser espías por amor. Es su destino. ■